

ENRIQUETA QUIROZ (COORD.), *INTEGRACIÓN Y DESINTEGRACIÓN DEL ESPACIO ECONÓMICO MEXICANO. MERCADO INTERNO Y ABASTECIMIENTO DE LAS CARNES DESDE LA COLONIA AL SIGLO XX*, MÉXICO: INSTITUTO MORA, 2017, 374 PP.

En estos días en que se conmemoran los quinientos años de la llegada de Hernán Cortés a Tenochtitlan, no debemos olvidar que junto con esos seres humanos del Viejo Mundo llegaron otras especies que también transformaron la historia de lo que hoy es México. El ganado se introdujo primero como recurso para la guerra —pensemos en el caballo—, y tras la caída del Imperio mexica en 1521, algunos soldados españoles, incluyendo a Cortés, se dedicaron a la cría de diversas especies ganaderas en los nuevos territorios conquistados.

Como señaló el historiador Bernardo García, el desarrollo de la actividad pecuaria en zonas densamente pobladas del continente tuvo repercusiones muy complejas; sin embargo, resaltó el autor en 1994, esa actividad había recibido poco interés por parte de los historiadores mexicanos.¹ En 2003, un boletín de fuentes de la revista *América Latina en la Historia Económica* fue más allá, y señaló que la ganadería era un sector que había sido “olvidado por la historiografía latinoamericana e incluso tal vez por la europea”.² En efecto, hasta hace pocos años los estudios del tema eran escasos, pero afortunadamente la situación ha cambiado y cada vez tenemos más trabajos y más historiadores interesados en la cuestión.

El libro *Integración y desintegración del espacio económico mexicano. Mercado interno y abastecimiento de las carnes desde la colonia al siglo xx*, publicado por el Instituto Mora en 2017, es uno de los ejemplos más recientes del renovado interés de la historiografía mexicana por la historia ganadera. El libro es coordinado por Enriqueta Quiroz, a quien debemos el mejor trabajo sobre el abasto de carne en el México colonial, así como otros estudios del consumo como problema histórico.³

¹ Bernardo García Martínez, “Los primeros pasos del ganado en México”, en *Relaciones. Estudios de historia y sociedad*, núm. 59, vol. XV, 1994, pp. 11-44.

² “Ganadería. Presentación”, en *América Latina en la Historia Económica*, vol. 10, núm. 2, julio-diciembre 2003, pp. 5-10.

³ Enriqueta Quiroz, *Entre el lujo y la subsistencia. Mercado, abastecimiento y precios de la carne en la ciudad de México 1750-1812*, México: El Colegio de México/ Instituto Mora, 2005; Enriqueta Quiroz, *El consumo como problema histórico. Propuestas y debates entre Europa e Hispanoamérica*, México: Instituto Mora, 2006; y Enriqueta Quiroz (comp.), *Consumo e historia. Una antología*, México: Instituto Mora, 2009.

En esta ocasión, Quiroz se dio a la tarea de reunir diez investigaciones desarrolladas de manera más o menos independiente, que pueden clasificarse en tres tipos: reedición de artículos pioneros, ampliación y profundización de investigaciones sobre mercados y abasto, e investigaciones recientes producto de tesis de posgrado. Evocando los trabajos sobre el espacio económico peruano de Carlos Sempat Assadourian, los capítulos reunidos se articulan bajo una perspectiva económica y territorial que busca “entender los vínculos creados entre los espacios productores y los diversos centros consumidores”, así como alertar sobre problemas de polaridad económica, entendida como “una desigual y diversa concentración de riqueza dentro del territorio, originada por la especialización del trabajo y el desarrollo dispar de los sectores económicos” (pp. 7-8).

El libro plantea que “al menos desde el siglo XVIII estaba consolidada una ganadería de mercado que operaba bajo un régimen de precios desde el espacio novohispano”, lo que indica su “alto nivel de integración” (p. 8). La política económica hispánica —sigue el argumento— “pretendió hacer circular la riqueza dentro del imperio y en favor del mismo”, porque cada zona cumplía una función específica sin importar cuál tenía más riqueza. Posteriormente, en los siglos XIX y XX, una nueva concepción política centrada en la dotación dispar de los recursos naturales incentivó el regionalismo y promovió un crecimiento desigual de las regiones, fomentando su desintegración.

En la introducción, la tesis planteada por Quiroz se muestra potente y ambiciosa, y los diez capítulos que componen el libro contribuyen a su discusión en grado diverso y de forma directa o indirecta. Se agradece que la coordinadora ofrezca al lector una “propuesta analítica” que sintetice las aportaciones de los trabajos reunidos, camino que deberían seguir muchos de los libros colectivos que a veces terminan por ser compilaciones con falta de coherencia. Dicha propuesta sostiene que “durante el siglo XVIII, en el espacio económico novohispano, existió una zonificación integrada que permitió la existencia de un mercado interno” (p. 20).

La zona ganadera de Zacatecas (Ana Gómez Murillo), no solo, abasteció sus alrededores, sino que llegaba a Guadalajara (Eric Van Young) y a la ciudad de México; la región agroganadera de Michoacán es-

taba conectada con las minas del Bajío y Querétaro (José Silva y María Garrido; Fernando Soria), ciudad que a su vez era un centro redistribuidor para la meseta central; la ciudad de México (Enriqueta Quiroz), por otro lado, concentró ganado para su propio abasto y el de zonas aledañas; Oaxaca (Luis Arrijoa, Carlos Sánchez y Juan Sánchez) se surtió de animales provenientes de las intendencias de Guadalajara, Valladolid y México, pero también de Centroamérica; Mérida (Luis Mezeta), por su parte, abasteció la zona del Golfo y el Caribe, principalmente La Habana.

Se sugiere también que esa dinámica de circulación se fracturó durante el siglo XIX, cuando las zonas ganaderas se concentraron en abastecer las ciudades que circundaban, propiciando que el comercio funcionara “a favor de las regiones ricas y en contra de las regiones pobres, que empeoraron su situación” (p. 21). Luego de la Independencia, la ciudad de México (Gisela Moncada) se benefició de los impuestos al ingreso de ganado a la ciudad, que antes beneficiaban a la Real Hacienda; un caso similar ocurrió en Oaxaca ya más avanzado el siglo XIX.

Según Quiroz, “a la larga el juego de las fuerzas del mercado tendió a incrementar más que a reducir las desigualdades entre regiones” (p. 21). Esto llevó a una creciente intervención del Estado en la regulación del mercado de carne que no siempre fue exitosa. Tanto en la ciudad de México (María-Aparecida Lopes) como en importantes zonas distribuidoras de ganado como Aguascalientes (Gerardo Martínez), el mercado de la carne mostró una asombrosa continuidad en la que los grupos oligopólicos controlaron gran parte del sistema de abasto. En este sentido, ni los experimentos sindicales en la administración de los rastros durante el cardenismo ni la introducción de empacadoras después de 1947 fueron útiles para dinamizar la articulación de los mercados nacionales.

Luego de revisar todos los textos, el argumento de la “integración” parece sólido para el siglo XVIII, pero el de la “desintegración” revela muchos huecos para los siglos XIX y XX. Vale la pena aclarar que esto no se debe a la calidad de los trabajos de esos períodos, sino más bien a su escasez. Si bien el libro tiene la virtud de reunir plumas consagradas con talentos jóvenes, esta diversidad en los autores no se refleja en el período de estudio de los trabajos: cinco de ellos son dedicados al siglo XVIII; tres apenas rozan el siglo XIX

y solo dos abordan el siglo xx. De esta disparidad es de donde surgen las dudas, pero sirva el desbalance para anotar aquí algunos pendientes de investigación que pueden ser retomados. Parece increíble, por ejemplo, que no conozcamos las zonas abastecedoras de la ciudad de México para el siglo xix.

No sabemos tampoco en qué medida el enriquecimiento de los municipios, a costa de los impuestos a la carne, afectó el consumo en las ciudades, o si aumentó el consumo de carne en las zonas rurales, aunque empobrecieran sus finanzas municipales. En este sentido, puede señalarse que algunas desigualdades económicas producto de la desintegración territorial pudieron manifestarse no solo en términos regionales sino sociales.

Sin duda, uno de los grandes faltantes del libro es el siglo xx y sus regiones. Me parece que luego de la introducción del ganado en el siglo xvi, no hay otro período con más cambios en materia pecuaria que ese. A nivel global, el incremento demográfico, el crecimiento de las ciudades y la incorporación de las proteínas animales como parte fundamental de la dieta humana llevaron a la multiplicación de los hatos ganaderos de forma impresionante. En México, como respuesta al crecimiento exponencial de la demanda estadounidense desde finales del siglo xix, el norte semiárido fue la primera región en ser parte de esta expansión. Salvo la portada —una fotografía de vacas y vaqueros en Chihuahua, en 1955—, la ganadería nortea moderna queda ausente del libro; su integración al mercado estadounidense podría ayudar a discutir la tesis de la desintegración del mercado nacional en favor de un espacio económico transnacional.⁴

Por otra parte, la región tropical también se echa de menos. Conforme aumentó la demanda interna, nuevas zonas ganaderas aparecieron en el país: las Huastecas, Veracruz, Tabasco y Chiapas. En estos lugares la expansión ocurrió a costa de bosques y zonas agrícolas, lo que sin duda acarreó graves perjuicios en estos espacios.⁵ Hoy se ha sumado

a la discusión un espacio más etéreo, la atmósfera, adonde se va todo el metano que produce el ganado y que contribuye al calentamiento global. Esa región del aire es la que ha movido preocupaciones ambientales recientes, y ha contribuido a que la historia ambiental también se ocupe del tema.⁶

Además de los períodos y regiones, este libro nos ayuda a pensar en otros temas que faltan por ser estudiados y que no debemos perder de vista. Hemos prestado más atención a la carne de reses y ovejas que a la de cerdos o aves, por ejemplo. Las pieles, el sebo y los huesos también han jugado un papel fundamental en la historia humana. De igual forma, suele decirse de los rastros modernos que ahí todo se aprovecha, excepto el mugido; pero esa última palabra desperdiciada debe servirnos para recordar que los animales son seres vivos —más que simples productos—, y que nuestra historia y la de ellos está más conectada de lo que creemos.

A pesar de todo, me temo que el ganado —ese otro conquistador de América— no estará presente en las conmemoraciones del quinto centenario. Pocos pensarán que con aquellos europeos de espadas y cruces también llegaron otros animales que habían sido domesticados durante miles de años y que contribuyeron a transformar los paisajes y las dinámicas económicas de la sociedad americana. Si fue para bien o para mal no es asunto nuestro. Pero es importante que los historiadores reconozcamos la importancia de la actividad ganadera, no solo para “rellenar huecos” historiográficos, sino para discutir procesos históricos más amplios, como lo hace apropiadamente este libro. Enhorabuena a todos los autores, seguiremos al pendiente de ellos y de sus siguientes trabajos.

Reynaldo de los Reyes Patiño

El Colegio de México

ORCID: 0000-0003-1691-2410

reynaldo.reyesp@gmail.com

⁴ Maria-Aparecida Lopes y Paolo Riguzzi, “Borders, Trade, and Politics: Exchange between the United States and Mexican Cattle Industries, 1870-1947,” en *Hispanic American Historical Review*, vol. 92, núm. 4, 2012, pp. 603-635.

⁵ Ver, por ejemplo: Daniel Villafuerte, María del Carmen García y Salvador Meza, *La cuestión ganadera y la deforestación:*

viejos y nuevos problemas en el trópico y Chiapas, Tuxtla Gutiérrez: Universidad de Ciencias y Artes del Estado de Chiapas/ Centro de Estudios Superiores de México-Centroamérica, 1997.

⁶ Shawn Van Ausdal y Robert W. Wilcox, “Hoofprints: Ranching and Landscape Transformation”, en Claudia Leal, José Augusto Pádua y John Soluri (eds.), *New Environmental Histories of Latin America and the Caribbean*, RCC Perspectives, núm. 7, 2013, pp. 73-79.